

BIBLIOGRAFIA

H. S. BELLAMY: *The book of Revelation is History*.—Faber and Faber, London, s. d., 20 × 13, 204 págs.

El título de esta obra puede desorientar a cualquiera acerca de su contenido. Podría alguno pensar que se trata de dar al Apocalipsis una interpretación histórica, considerando sus diversos símbolos como expresión de determinados hechos históricos anteriores o contemporáneos del redactor. Pero apenas comienza uno a leer la introducción, cae en la cuenta de que, según B., el contenido principal del Apocalipsis se refiere a unos supuestos hechos remotísimos a través de la Mitología. Hubiera sido más exacto escribir: «El libro de la Revelación es mitología».

Admite B. que el Apocalipsis fué escrito en la tercera parte de la primera centuria, pero cree que su autor, Juan de Efeso, es distinto del evangelista. Debíó ser un mitólogo, impuesto en la astrología, la simbología, la magia, la ciencia de los números, etc. Permaneció algún tiempo en Patmos, donde se puede suponer que existiese un centro religioso de carácter esotérico. Allí habría tenido ocasión de conocer un libro mitológico interesantísimo, cuyo contenido, emparentado con algunos fragmentos mitológicos que llegaron a conocimiento de los profetas anteriores, fué ampliamente aprovechado por Juan en la composición de su libro.

Por eso no debe sostenerse que la fuente principal de Juan en el Apocalipsis haya de buscarse en el Antiguo Testamento. Su fuente la constituye otro libro o colección de libros—hoy por desgracia perdidos—anteriores a todos los escritos del Antiguo Testamento, y por lo mismo de una riqueza extraordinaria. Toda una serie de mitos, algunos de ellos en estado fragmentario y corrompido, podían leerse en aquellos libros en una lengua semita distinta de la hebrea y de carácter bastante primitivo.

Es un fenómeno comprobado que en épocas de crisis hay cierta tendencia a resucitar lo antiguo. Así habría ocurrido en los tiempos de Ezequiel, en los macabícos (Daniel) y en los de Juan. Y B. no deja de hacer su pequeña excursión a épocas más recientes recordando el neopaganismo de la Alemania nazi y el retorno al imperio de la Italia fascista.

Juan de Efeso no se sustrajo a esta misma tendencia. Estando como estaba en posesión de narraciones tan antiguas, no dudó en echar mano de ellas, proyectándolas hacia el futuro y mezclándolas con sus propias ideas religiosas. El es el autor de las siete cartas a las Iglesias de Asia y de ciertos pasajes religio-

sos no mitológicos. Lo demás pertenecería a aquella fuente misteriosa conocida en Patmos, adonde fué Juan «por la palabra de Dios», no porque, como hemos interpretado los cristianos, fuese deportado por haber predicado la palabra de Dios, sino, según interpreta B., porque él fué a Patmos a aprender en aquel centro esotérico la palabra de Dios, que había de transmitir después como una «revelación».

La palabra de Dios es la que estaba contenida en el documento de Patmos, y el documento refería unas antiquísimas catástrofes cosmológicas que impresionaron profundamente a sus espectadores. Cuando un testigo describe hechos tan impresionantes, generalmente escapan a su observación las causas de los mismos. Pero si los considera desde el punto de vista teológico, fácilmente ve en la catástrofe el castigo de los pecados y personifica a los agentes naturales, introduciendo por encima de ellos la idea de un dios vengador. Tal sería la naturaleza de aquellas narraciones mitológicas, y B. considera esto tan esencial de todo escrito apocalíptico, que lo define así: Apocalíptico propiamente es un reportaje mitológico de sucesos cósmicos y terrestres, que tuvieron lugar en el oscuro pasado; debe distinguirse estrictamente de las especulaciones teológicas y teleológicas que pudieron nacer cuando estos antiguos mitos se hicieron incomprensibles.

Si alguien pregunta qué sucesos son los contenidos en tales reportajes, B. contesta con una teoría propuesta por el sabio vienés Hans Hoerbiger (1860-1931), de la que sólo daremos aquí un brevisimo resumen por haberla expuesto ya con más detenimiento en otro lugar (1). Según H., la resistencia que los planetas encuentran en su avance a través del medio gaseoso que llena los espacios interplanetarios, hace que sus órbitas vayan modificándose lentamente, dibujando, en lugar de una elipse, una espiral. De ahí que un planeta pequeño pueda entrar con el tiempo dentro de la esfera gravitacional de otro planeta mayor y ser capturado por éste, quedando reducido a la categoría de satélite. Mas no por eso corrige su tendencia a estrechar el trazado de su órbita, y poco a poco va acercándose más al planeta. Hasta que llega un momento en que la fuerza de atracción del planeta vence a la fuerza cohesiva del satélite, y éste se resquebraja y fracciona, viniendo a caer sus fragmentos sobre el planeta. La luna actual debió ser antes un planeta, y antes de que ella entrase en la esfera gravitacional de la tierra, debió ésta tener otro satélite, que hace muchísimo tiempo desapareció hecho pedazos. Cuando aquel satélite fué acercándose a nuestro planeta, en éste se verificaron transformaciones profundas: todas las aguas se acumularon en la zona tropical formando como un grande anillo en torno al ecuador; la vida humana sólo era posible en algunos montes altísimos, que como islas sobresalían en medio de aquel anillo de agua, y en algunas regiones costeras del mismo; el resto de la tierra estaba cubierto de hielo; la tierra se acható extraordinariamente por los polos, y sólo cuando el satélite cayó hecho pedazos, recobró su forma esférica; también entonces volvieron las aguas a ocupar su lugar, y comenzó una era de bienestar para los pocos hombres que sobrevivieron a aquellos años terribles. Luego, la tierra capturó a la luna, y comenzó de nuevo el proceso de los trastornos terrestres, entre los cuales habrá que contar la desaparición de la Atlántida.

Los recuerdos de aquellos hombres que contemplaron el espectáculo maravi-

(1) *Los satélites y el Apocalipsis*, en «Ecclesia», 7 (1947), 347 s.

lloso y terrible al mismo tiempo del satélite en vías de descomposición, serían, en opinión de B., las contenidas en los mitos cosmológicos.

Del estudio del Apocalipsis deduce: *a*) que hubo más de un reportero original de aquellos hechos; *b*) que los reporteros no vivían en el país bíblico; *c*) que uno o un grupo de ellos hizo sus observaciones en una de las islas tropicales, mientras otros vivían en las costas del gran cinturón acuático; *d*) que el reportero del mito de la Atlántida vivió en otra época completamente distinta de la época de los anteriores.

Algunos fragmentos de tales narraciones se encontrarían en diversos profetas israelitas y en algunos escritos apócrifos, pero ninguno ha reunido tantas narraciones ni tan extensas, ni las ha tratado con tanto respeto como Juan. El no entendió su verdadero sentido, pero sabía que le venían de muy antiguo.

En relación con este doble género de materiales empleados por Juan en su obra, observa B. que, si bien todo el libro se resiente de semitismos que denuncian un redactor que pensaba en arameo y escribía en griego, el lenguaje es mucho más cortado, inseguro y oscuro en los pasajes mitológicos, en los cuales se nota que el redactor traducía de otra lengua a la suya, y de ésta al griego. Los tres últimos capítulos están en gran desorden. Se conoce que el libro, de donde Juan los tomó, estaba estropeado en el final y sólo se conservaban de él algunos fragmentos, que Juan combinó con otros tomados del Antiguo Testamento.

Dos terceras partes del Apocalipsis pertenecerían al mito cosmológico. Todo el que quiera obtener una interpretación genuina de este libro, deberá abrirse paso a través de los elementos religiosos y a través de la corteza pictórica de la narración, para poder captar la realidad.

Y esto es lo que B. cree conseguir en su libro, aunque, a nuestro juicio, no habrá un solo lector que quede satisfecho con el ensayo.

Todas las visiones de S. Juan vienen a reducirse a otras tantas descripciones fantásticas del aspecto que ofrecía el satélite en sus diversas fases de aproximación a la tierra y de desintegración. Ante todo juegan un papel importantísimo los cráteres que debía haber en la superficie del satélite como hay al presente en la superficie de la luna. B. trata de reducir todo a formas redondeadas. Los candelabros son candiles de arcilla, los tronos son cojines; y de esta manera, candelabros, coronas y tronos no son otra cosa que cráteres del satélite; las siete estrellas son otros tantos cráteres pequeños; la espada que tiene Dios en la boca, es un cráter iluminado sólo en parte como el Sinus Irídicum de la luna; el libro de los siete sellos aparece como una piedra escrita con caracteres cuneiformes, en la que siete cráteres semejan sellos. Los hombres y los animales no son sino sombras del satélite donde la fantasía puede ver figuras diversas. Si los ancianos verifican un movimiento de adoración, en realidad no ha ocurrido más sino que la capa de hielo, que envolvía al satélite, se ha resquebrajado, y sus fragmentos se han corrido hacia los dos polos del mismo.

El jinete del caballo blanco es una sombra apreciada sobre la capa de hielo, y su corona la forman diversas quebraduras concéntricas de la superficie helada. La misma sombra, cuando desaparece el hielo, se ve sobre el núcleo terroso del satélite; es el jinete del caballo rojo. Si el jinete siguiente lleva una balanza, es porque el hielo se ha ido acumulando en torno a los dos polos y semeja los platos de la balanza.

Cuando el Apocalipsis habla de luchas en el cielo y en la tierra, se refiere a la

lucha de los habitantes de las altísimas islas tropicales y de los moradores de las costas junto al anillo de agua. Luchan por la posesión del agua y de los alimentos y se acusan mutuamente del desastre. Los de las alturas están bajo la protección del «ángel del Este», que debe ser el sol cuya trayectoria va de oriente a occidente. Y de ahí deduce B. que los habitantes de las costas bajas debieron estar bajo la protección del ángel del Oeste, que sería el satélite cuya trayectoria, como la de la luna, debía ir de occidente a oriente. Así los unos serían adoradores del sol, que sería el dios vivo; y los otros serían adoradores del satélite, destinado a morir. Unos y otros para distinguirse, se tatuaban en la frente, los brazos y el cuerpo. Los adoradores del satélite, habitantes de las tierras bajas, que tuvieron que huir de las aguas cuando éstas, deshecho el satélite, irrumpieron sobre el litoral, se tatuaban con un signo que, transmitido tradicionalmente, pareció a Juan semejante a tres seises seguidos, o sea, a la cifra 666; B. conjetura que serían tres líneas onduladas paralelas, representación del mar, cada una de las cuales ofrecía cierto parecido con el *wau* hebreo, cuyo valor numérico es sei. El tatuaje de los adoradores del sol debió ser, como en Ez. 9, 4, un *tau*, en cuya figura creería ver Juan la señal de la cruz.

La explicación de la cifra 666 de la bestia no deja de ser ingeniosa y más aceptable que otras; pero la imaginación de B. va tan lejos, que considera los dos signos antitéticos como si aun quedasen en la humanidad y saliesen automáticamente el uno contra el otro en las luchas de los hombres. Así hace notar que cuando los nazis tomaron como signo propio la cruz swástica, inmediatamente sus enemigos adoptaron las tres flechas paralelas con la punta hacia abajo; estas tres puntas formarían una línea ondulada, que sería lo más esencial del signo; y aun tendríamos una abreviación del mismo en la V que los ingleses adoptaron como símbolo, y en la cual sería completamente accidental y secundaria su relación con la palabra «victoria».

Incidentalmente habla de los ángeles, y afirma que hay dos clases de ángeles: los teológicos y los mitológicos. Los primeros serían seres imaginarios. Los segundos son furiosos destructores, de aspecto terrible, seguidores del dragón, instrumentos ciegos de un poder cósmico que también es ciego; son personificaciones de los fragmentos del satélite desintegrado que cayeron sobre la tierra produciendo terribles destrozos.

La visión de la Mujer se reduce a un episodio de una mujer que habitaba en las costas bajas, y que huyendo de las aguas se vió en trance de dar a luz un hijo varón. Quien nacía en estas circunstancias debía estar llamado a un gran destino.

La desaparición de la Atlántida estaría descrita en los cap. 17 y 18. Babilonia es allí un nombre misterioso, que equivale a Atlantis. Babilonia significa «puerta de Dios», y Atlantis «costa divina» o «país del dios».

El Apocalipsis ha dado ocasión a muchas expansiones de la fantasía. Pero difícilmente se hallará otra tan descabellada como la presente.

El autor quiere extender su teoría a todos los fragmentos apocalípticos que se encuentran diseminados por los profetas y los apócrifos, y lo hace brevemente en los apéndices de su obra.

J. ENCISO